

Cincuenta sombras de Alejandro



2º AUDIOLOGÍA PROTÉSICA CURSO 2014-2015

Relato colectivo realizado por:

Ángel Pulido

Tamara Moreno

Laura Palomino

Mariela Molina

Nereida Cabezas

M^a Carmen López

Carolina de la Cruz

M^a Ángeles Riquelme

Laura García

Virginia Galiano

Gabriel Joaquín Navarro

¿No te ha ocurrido alguna vez que te gustaría despertar y tener una vida completamente distinta? ¿O simplemente cambiar algo de ti que odias? A mí me ocurre muy a menudo, reflexionaba sobre mi silla de estudio observando en profundidad la pared de mi cuarto en busca de una respuesta que nunca llegaría. Pues sí, nada ha cambiado en todos estos años, sigo siendo la misma persona día tras día. Mis padres afirman que tengo todo lo que un buen hijo necesita pero no les creo, nunca lo he hecho. Sé que en el fondo esperaban algo de mí y que nunca obtuvieron, un hijo normal. Algunos os preguntaréis que es lo que siento. En múltiples ocasiones no siento nada, en otras siento envidia e incluso odio en mí mismo. Quizás no lo entendáis, nadie lo hace, pero seguro que si escucháis mi historia lo entenderéis.

Todas las mañanas mi madre solía asomarse por la puerta de mi cuarto para comprobar que estuviera despierto. Por las mañanas iba al instituto por obligación de mis padres. El colegio no me agradaba, los profesores no se preocupaban por sus alumnos y, desde luego, no entendía apenas sus explicaciones. Lentamente bajé las escaleras para ir hasta la cocina. Supuse que mi madre ya se habría ido a trabajar aunque siempre me dejaba el desayuno preparado. Mientras descendía pensé en mi pasado. *¿Qué sintieron al descubrir mi "secreto"? Seguramente me odian por aquello.* Pensaron que su mayor problema era ponerme un nombre, pero desde luego se dieron de bruces con la realidad. Un hijo sordo. Eso sí que les supondría un problema. Mi madre me llamó Alejandro.

La cocina brillaba aquella mañana, todo estaba bien ordenado y limpio en su correspondiente lugar. Solía mirar el reloj de la pared y me imaginaba cómo sonarían las agujas al desplazarse minuto a minuto. Quizás a algunos les parecería muy extraña aquella situación, pero yo ya estaba acostumbrado al silencio. Un silencio infinito que me apartaba del resto. ¿Es que no existe ninguna solución a este problema? No todos conocen la lengua de signos y, desde luego, ninguna persona de mi edad se molesta en aprenderla. *Es tarde, tengo que ir al colegio.* Antes de irme pude ver una nota colgada en el frigorífico y que no pude entender: "Implante coclear".

Ángel

Me dirigía a clase, sumido en mi silencio y dándole vueltas a la nota de la nevera. ¿Qué querría decir? Pero algo me saco de mis pensamientos ya que un coche se paró bruscamente delante de mí y vi al conductor muy furioso, poniendo caras de enfado y golpeando el volante bruscamente. Creo que me llamó "sordo", por lo que pude leerle en los labios. ¡Qué irónico!, me decía sordo como insulto sin saber que verdaderamente lo era. Seguro que a muchos en mi lugar les hubiera sentado mal ese comentario, pero a mí incluso me hizo gracia, así que no le di más importancia y continué mi camino a clase, donde volvería a sentarme e intentar entender algo.

La mañana se hace muy pesada, ya que la mayoría de los profesores no vocalizan muy bien o hablan de espaldas a mí, lo que no me facilita la lectura labial; yo también

quería saber que fue lo que les pasó a los primeros hombres que habitaron la Tierra, la historia me fascinaba y, por lo que podía ver, a los demás niños y niñas de mi clase también. Parecía que la profesora era muy divertida, ya que todos reían constantemente, una lástima que no supiera lo que decía, yo también quería reírme como ellos.

No suelo juntarme mucho con los demás, siento que no me entienden y claro está que ellos tampoco se preocupan mucho por hacer que yo los entienda, es más fácil comunicarte con alguien que tiene tu mismo lenguaje. No le deseo esto a nadie, pero ya que yo no puedo ser como ellos, me encantaría que hubiera alguien como yo, alguien que se comunique como lo hago yo y que se interese por saber más cosas sobre mí en lugar de mirarme con cara de pena como si estuviera enfermo, porque yo no estoy enfermo, sólo soy distinto.

Por fin terminan las clases y hoy papá me recoge, por lo menos no voy a ocasionar un accidente. A las 15:00 vuelvo a estar en casa, intento, de la forma más sencilla que sé, explicarles a mis padres cómo me ha ido el día, ya que ellos no manejan muy bien la lengua de signos. Se me hace muy complicado comunicarme bien con ellos, así que hacen lo de siempre; me acarician la cabeza, como hacen con Coco, mi perro; me dan unos tiernos besos, con los que intentan disculparse por no saber cómo comunicarse conmigo y me subo a mi habitación, pensando lo felices que serían mis padres si yo fuera “normal”.

Una vez en mi habitación, me acuerdo de la nota de la nevera, que había dejado apartada en un lado de mi mente, por lo que cojo mi portátil y le busco sentido a esas palabras.

Tamara

"El implante coclear [...] transforma las señales acústicas en señales eléctricas que estimulan el nervio auditivo. Estas señales son procesadas mediante las diferentes partes [...] algunas en el interior del cráneo y otras en el exterior. Ayuda a las personas a escuchar. [...] No es lo mismo que un audífono, pues es implantado quirúrgicamente y funciona de manera diferente."

Os podéis imaginar lo poco que pude entender esto: me van a poner algo en el cerebro para que escuche pero no es un audífono.... ¿Qué es? Yo no entendía nada, pero entonces me di cuenta de que también había un vídeo, lo vi... y lloré.

En el vídeo había un niño al que habían dormido y le estaban haciendo la operación. No tenía subtítulos, así que si explicaban algo de la operación no pude enterarme de nada. Yo sólo veía sangre, tijeras y cortes en la cabeza, detrás de la oreja... ¡Ah! y una cosa súper rara con un cable que el médico metía dentro de la cabeza del niño.

¿Eso es lo que me van a hacer a mí?, ¿me van a rajar cerca de la oreja para meterme la cosa rara con cable?, ¿eso hará que pueda escuchar, que pueda ser un niño

normal? Pero... ¿y si el médico se equivoca?, ¿qué pasará entonces?

En ese momento mis padres entraron en mi cuarto. Al parecer había llorado demasiado fuerte y vinieron porque se asustaron, aunque ¡yo sí que estaba asustado!

Cuando vieron el ordenador lo entendieron todo. Vi cómo trataron de explicarme qué era un implante y cómo podría ayudarme. Lo intentaron de verdad, pues noté la cara de agobio y desesperación que tenían al tratar de explicarme algo tan complicado. Había sido difícil explicar lo que había hecho en clase, así que ¿cómo no iba a ser difícil explicar esto? De todas formas yo estaba tan asustado que, pese a los esfuerzos de mis padres, no conseguí enterarme de nada. Además, también estaba enfadado. Enfadado conmigo mismo, por ser diferente, por no poder comunicarme bien con nadie (¡ni siquiera con mis padres!), por necesitar siempre algo: subtítulos, intérprete, audífonos... y ser motivo de burla por ello. Por no tener amigos y tampoco tener ya ganas de buscarlos.

Empecé a sentirme muy triste y entonces volví a llorar otra vez, aunque esta vez mi padre vino hacia mí y me dio un abrazo enorme y cálido. Eso sí que me gustaba, al menos sí que podía sentir esas cosas y me reconfortaban muchísimo. Ojalá hubiera durado para siempre, pero entonces me agarró de los brazos y mirándome a la cara me dijo muy lentamente, para que pudiera leerle los labios:

- "No te operarás si no quieres. Te lo explicaremos todo antes y tú decidirás."

Y mi madre se acercó y dijo:

- "No te preocupes. Mañana vamos a ver a la audioprotesista y ella te lo explicará. Si todo sale bien podrás oír como el resto de tus compañeros."

Bueno, al menos ella seguro que sabe explicármelo, pensé. En realidad, desde que había descubierto que todo esto era sobre mi sordera, estaba deseando ver de nuevo a Cristina Bailén, mi audioprotesista. Ella sabía lengua de signos y era muy simpática, así que estaba seguro de que con ella me enteraría bien de qué era lo que habían pensado mis padres para mí.

Laura P.

Esa noche dormí a duras penas, estaba intranquilo por lo que me depararía la mañana siguiente cuando mis padres me llevaran a ver a Cristina. Apenas había dormido un par de horas cuando mi despertador personal, mi madre, vino a despertarme para desayunar.

Mi madre me explicó que había hablado con Cristina y teníamos cita a las 11 de la mañana. Me puse muy nervioso, estaba impaciente porque me explicara qué era eso del implante coclear realmente.

Tras desayunar, nos preparamos y nos dirigimos a la consulta. Eran unos 30 minutos de coche, ya que el gabinete estaba en el pueblo de al lado. Fueron los 30 minutos más largos de toda mi vida, no sé si era por mi impaciencia o por la tensión que se podía respirar en ese

coche. Creo que mis padres estaban incluso más nerviosos que yo, cosa que era difícil.

Por fin llegamos a la consulta de Cristina, nos recibió su compañera Marta que se encargaba de la recepción de los pacientes y nos dijo que esperaríamos unos minutos que estaba a punto de acabar con un paciente. De nuevo otra espera, no me lo podía creer, creía que el mundo confabulaba contra mí aquella mañana, pero mientras pensaba aquello vi cómo se abría la puerta y aparecía Cristina. Nunca me había alegrado tanto de verla.

Se dirigió hacia mí para saludarme, saludó a mis padres y nos indicó que pasáramos a la consulta pues había llegado nuestro turno. Tanto mis padres como yo nos sentamos en la sala esperando que nos contará en profundidad qué era eso del implante coclear, y así lo hizo.

Me explicó detalladamente en qué consistía y también lo que menos me gustaba de todo aquello, la cirugía que tenían que realizarme para colocármelo. También me dijo que debería aprender a escuchar y que sería un proceso costoso que requería esfuerzo y dedicación. Tendría además que trabajar con un logopeda para aprender a hablar, ya que era algo que no dominaba porque yo utilizaba la lengua de signos.

A pesar de los miedos que tenía decidí valorar la opción de realizarme el implante. La información que nos dio Cristina me dio esperanza, así podría ser como los demás, eso que tanto añoraba. ¿Cómo podía haber algo que te devolviera el sentido del oído? No me lo podía creer.

Desde que supe que tenía la opción de volver a oír era más feliz y estaba más motivado. Durante los días siguientes no deje de pensar en aquel invento que me había dejado fascinado. Noche tras noche intentaba decidir si arriesgarme a hacerlo o no. Finalmente, tras muchas deliberaciones, decidí que iba a dejar de lado mis miedos y que lo iba a hacer. En caso de que todo saliera bien, los beneficios serían mucho mayores que los inconvenientes, así que me lancé a por la última carta.

A la mañana siguiente se lo comuniqué a mis padres, que me habían dejado a mi tomar la decisión y no querían influir en ella. Ellos dijeron que si era lo que yo quería, adelante, que me apoyarían en todo. Ya sólo quedaba comunicárselo a mi audioprotesista Cristina y esperar a que el proceso comenzase, sin olvidar que iba a ser un camino largo y difícil, pero era un camino que yo estaba dispuesto a recorrer.

Mariela

Muchas son las dudas, miedos y temores que recorren mi pensamiento en estos días previos.

Una decisión importante, quizás la más importante que tendré que tomar en mi adolescencia y, tal vez, en mi vida. Afrontar la realidad no es fácil. Una operación quirúrgica no es lo más divertido ni normal a mi edad, pero es una ventana a un futuro mucho mejor. Seguro que el camino no será fácil, pasaré por momentos complicados y difíciles de afrontar, en los cuales querré rendirme y tirar la toalla o me arrepentiré momentáneamente de la

decisión tomada. Es algo que tengo que valorar y tener en cuenta, pero mi determinación es firme... ¡avanzar y mejorar!

Fueron días de incertidumbre estando ausente en muchos momentos, en el instituto, en casa; parecía ausente, pero poneos en mi lugar, como para no estarlo. Recuerdo perfectamente el día previo y la calma tensa que había en la habitación.

Mis padres intentaban estar como si nada, quitándole importancia, aparentando normalidad, aunque sus caras decían otra cosa. Se les apreciaba esa preocupación lógica y comprensible, esa que no querían transmitirme pero que yo veía. No preguntaba para no agobiarlos mucho más con mis dudas e inquietudes existenciales. Yo no quería preocuparles y ellos a mi tampoco, así que era todo un tanto extraño. Yo trataba de animarlos a ellos y ellos a mí. Todo muy surrealista.

La noche previa a la operación recuerdo que dormí más de lo que yo esperaba, no había vuelta atrás, así que había que descansar bien de cara al largo día que me esperaba y además había que estar animado y con actitud positiva. Recuerdo que me desperté pronto, pero no más que mis padres, que me dieron los buenos días con un beso y rápidamente mi madre me indicó que debía de darme una ducha. Poco después me visitó el cirujano, visita de cortesía para ver qué tal estaba su paciente, o sea yo. Muy majo el cirujano, por cierto.

Pronto vino a por mí el celador que debía bajarme a quirófano. En la antesala, mis padres me esperaban para

darme ánimos antes de entrar. Mis padres me dieron un beso, un fuerte abrazo y me dijeron que me verían luego. Había llegado la hora de la verdad. Así comencé a recorrer el pasillo, una mirada atrás y una imagen, la de mi madre abrazada a mi padre diciéndome adiós.

Ya dentro, me "aparcaron" en una sala cerca de los quirófanos. Allí me colocaron el gotero y me dieron un tipo de relajante que era para calmarme los nervios, supongo que algo común. Una vez allí, he de decir que impresiona más que en la televisión y que la realidad supera a la ficción. Me colocaron en la mesa de operaciones y dos enfermeras comenzaron a prepararme. Una de las enfermeras, muy simpática por cierto, me decía en lengua de signos que no me preocupara, que esto era muy normal y me preguntó mi edad. Entendí que era algo típico para quitar algo de tensión al momento y relajarse un poco pero, por raro que pareciese, estaba bastante tranquilo, pensando que cuando despertase comenzaría mi nueva vida. No me dio tiempo a más cuando me pusieron una mascarilla y me dijeron que contase hasta diez. Uno, dos, tres...

Lo siguiente que recuerdo es despertarme, como si hubiesen pasado unos minutillos, pero pasaron horas. Abrí los ojos medio dormido, sedado por la anestesia aún. Vi al cirujano y a las enfermeras hablar, y sí, digo ver porque, de momento, todo seguía en un silencio profundo.

Nereida

Yo en ese momento pensé lo peor, y es que a mis 14 años cumplidos hacía una semana, era muy difícil entenderlo todo. Yo pensé que una vez fuera de la operación iba a escuchar todo lo que me rodeaba. La chica que hablaba lengua de signos estaba en la sala de reanimación y se dio cuenta de que estaba despertando de la anestesia.

- En unas horas te vamos a subir a tu habitación donde te está esperando tu familia. ¿Tienes alguna molestia?

- Yo contesté afirmando con la cabeza.

- Bueno intenta dormir y descansar, todo pasará en un rato - me dijo Rocío.

Esas dos horas se me hicieron eternas hasta que me subieron a mi habitación donde me estaban esperando mis padres, mis dos abuelas y algunos compañeros de la asociación de sordos: Paula, Juan, Miriam, Sara y Mario. Era con los que mejor relación tenía. En realidad, estaba deseando subir a la habitación para ver a mis padres, pero sobre todo a Paula. Hacía poco que estaba sintiendo algo por ella y fue quien me animó a ponerme el implante porque ella también lo llevaba y le iba bastante bien. A la vez que habla utiliza lengua de signos para poder comunicarse con nosotros.

Todos me recibieron con una gran alegría, me dieron besos, abrazos, ánimos... Unas horas más tarde llegó el cirujano que me operó, acompañado de una enfermera y de Rocío, la chica que me traducía todo. Pidieron a todos que salieran fuera excepto a mis padres. Por la cara que traían es que todo había ido perfecto. Entonces empezaron a hablar y

Rocío a signar. Mi madre y mi padre empezaron a llorar. Se adelantaron a Rocío cuando me dijo que no me había podido poner la parte interna del implante porque había fuerte riesgo de que muriese en la camilla de operaciones y por eso decidieron cerrarme y ya no habría posibilidad de volver a intentarlo.

Me vaciaron la cóclea con lo que ya no habría vuelta atrás. No me podrían poner otro tipo de solución para que pudiese escuchar esas agujas del reloj o a los pájaros cantar, o simplemente escuchar la voz y la risa de Paula.

Bueno al menos no había perdido nada, aunque tampoco había ganado. Lo único que me hicieron es perder la ilusión que un día me hice al pensar que volvería a escuchar. No sólo la ilusión de escuchar, sino que ya no tendría ilusión por nada, al menos por ahora.

Cuando los médicos se fueron entraron los demás y al ver nuestras caras se lo imaginaron todo. No tardaron en acercarse a mí y aunque no sabían lo que decirme no pasaba nada. Yo comprendía que en ese momento todo lo que se dijese sobraba porque nadie estaba pasando por lo que yo para sentirlo. Había muy poco porcentaje de fallo en estas operaciones, pero yo fui ese tanto por ciento que falla.

Aún me quedaban algunos días para salir del hospital para volver a mi vida normal y hacer como si hubiese sido todo un mal sueño donde esta operación nunca ocurrió.

M^a Carmen

Noté una presión en la mano que me hizo despertar sobresaltado y atemorizado, no podía ni pestañear. Cuando miré hacia el lado, era mi madre que me tenía cogida la mano con todas sus fuerzas, entonces me abrazó para tranquilizarme. También estaba mi padre, mis abuelas y algunos compañeros de la asociación.

Me alegré de verlos a todos. Mis compañeros me preguntaban en lengua de signos cómo estaba. Yo no les contesté, sólo miraba a mi alrededor preocupado, ya que no sabía si en verdad había salido mal la operación o si había sido un mal sueño.

En los 5 minutos siguientes se abrió la puerta de la habitación, entraron el cirujano, una enfermera y Rocío, mi intérprete. Salieron todos mis compañeros y familiares menos mis padres. Cada vez me sentía más alterado porque esa situación ya la había vivido yo antes. Entonces supuse que iban a comunicarnos que la operación había salido mal y me puse a llorar. Mi madre no paraba de abrazarme para consolarme y Rocío, en lengua de signos, también intentaba calmarme. Me preguntaba si tenía alguna molestia, que me tranquilizase que todo había salido muy bien, y yo le decía que no me mintiese que ya sabía que no iba a poder escuchar nunca. Ella me lo negó una y otra vez, me dijo que de dónde había sacado esas conclusiones si a mí nadie me había dicho nada aún. Me aseguró que a las dos horas de la operación hice el intento de despertarme pero solo abrí un poco los ojos y me volví a dormir.

En ese momento sentí cómo las tensiones que tenía dentro de mí se iban y, a cambio, entraba mucha paz y calma.

Por suerte había sido una pesadilla. Rocío, que estaba haciendo de intérprete con el cirujano, me comentó que ya podía relajarme y no preocuparme de nada, que la operación sucedió tal cual habían previsto, y la pesadilla era algo normal por el delirio que tenía de la anestesia y por los miedos que guardaba dentro de mí sobre la operación y sus efectos.

De repente, todos miraron hacia la puerta así que supuse que estaría tocando alguien. Mis padres me dieron un beso y salieron de la habitación, Rocío y la enfermera también se fueron y el cirujano, antes de irse, se acercó a mí, me echó la mano y leí en sus labios la palabra "campeón".

Ya no quedaba nadie en la habitación. La puerta se abrió lentamente y aparecieron Paula, Juan, Mario, Sara y Míriam. Estuvimos un rato contándonos cosas, haciendo bromas, la verdad es que me hacía falta ese rato tan bueno que pasamos.

Mis amigos bajaron a comer algo y Paula se quedó sentada en una silla que había al lado de la cama en la que yo estaba. Los dos nos quedamos callados, sólo nos miramos y sonreímos.

Carolina

¡Ay! ¡me duele todo!... Abrí los ojos mirando hacia el techo. ¿Dónde estoy? ¿qué me ha pasado?, vamos a ver, ¿qué fue lo último que hice ayer?... Estaba con Paula en mi fiesta de graduación, ¿qué más, qué más...? ¡Ah sí! nos enfadamos, ella se fue y yo me quedé con mis amigos del ciclo, ¡uno sólo se graduó una vez! ¡y encima a mí que me ha costado unos años más!... Estábamos en la barra libre del restaurante que acabó a las tres de la madrugada. Fuimos a la discoteca que estaba a cinco minutos de allí, ¿qué más, qué más...? ¡Ah sí! justo en el camino fue cuando Paula y yo nos enfadamos, me pedía que no bebiera más y que le hiciera más caso, porque ella sólo conocía a uno de mis "nuevos" amigos.

Aquello me molestó porque ella nunca quiso conocer a mis amigos oyentes. Decía que la única vez que salió con ellos se sintió demasiado incómoda, como si hubiesen descubierto en ella al monstruo del lago Ness. Yo le expliqué una y otra vez que no era así, pero nada, tan cabezona como siempre. Me tocó explicárselo otra vez camino a la discoteca. Ella se enfadó, se dio la media vuelta y se fue. Mis amigos se dieron cuenta y me convencieron para seguir de fiesta con ellos, que hoy era noche de diversión, mañana ya sería la reconciliación.

Recuerdo que entramos a la discoteca sin problemas, previo pago de entrada con consumición. *¡Pufffff! otra copa más...* Entramos todos juntos hablando y riendo. Allí nos encontramos con el resto de compañeros, pedimos en la barra y después nos fuimos con el resto.

Mi móvil no paraba de vibrarme, eran SMS y Whatsapp de Paula, pero pasé de leerlos. Al rato fui al baño, allí me encontré con dos compañeros de clase que estaban consumiendo droga, me miraron y me invitaron.

- Alejandro, nos hemos enterado de que os habéis enfadado Paula y tú. No te preocupes, ya se le pasará, mientras tanto... ¿te apetece un poco? - Recuerdo que dije que no, pero ellos insistieron y al final probé.

Nos fuimos los tres con el resto, y mis amigos me preguntaron qué me pasaba, que si me había tomado algo, que la mandíbula se me iba demasiado. Al principio me rallé, pero después se lo confesé, que sí que me invitaron... Al rato noté el móvil vibrar otra vez, seguía siendo Paula, esta vez sí que lo leí, me decía: "Alejandro, por favor, vamos a vernos un rato y después te vuelves con tus amigos a la discoteca, creo que he sido muy injusta y no me encuentro bien".

Al leerlo me dio un subidón de alegría, se lo enseñé a mis amigos y les dije que volvería más tarde. Le mandé un SMS y le dije que nos veíamos en la puerta del restaurante. Vi a Paula y ella me estaba mirando, eché a correr. *¡Ya sé lo que me pasóooooo! ¡No llegué a hablar con Paula! Aquel coche me atropelló antes... por eso estoy en el hospital.*

Mª Ángeles

Me dolía cada parte de mi cuerpo, la cabeza me iba a estallar... ¡Menudo golpe me llevé! No lo vi llegar. Lo que recuerdo del momento fue la cara de pánico que tenía la

muchacha cuando me golpeó con su coche. La recuerdo llamándome y diciéndome que no cerrara los ojos, que ya venía la ambulancia. Y mientras, Paula estaba avisando a mis familiares a través de Whatsapp.

Después de eso, desperté en el hospital. En la habitación estaba solo, únicamente acompañado del médico que me estaba reconociendo. Le había pedido a mi familia que saliera un momento de la habitación.

- ¿Cómo me encuentro, doctor? - Le pregunté.

- Podría haber sido peor, muchacho. Sólo tienes unos rasguños y un par de costillas fracturadas. Unos días de reposo y te repondrás del todo. Eso sí Alejandro, tus padres deben saber la causa de tu accidente.

- Yo se lo diré, doctor. Muchas gracias por todo.

Hoy me he graduado y precisamente hace diez años que me encontraba en este mismo lugar... Diez años de la operación del implante.

¡Cómo pasaba el tiempo! Aquel día me sentí el niño más feliz del mundo. Volvía a escuchar, a sentir las voces de mi familia, amigos, a escuchar el sonido a mí alrededor. Todo iba bien, en el instituto comencé a mejorar mis calificaciones, me esforzaba a diario.

Terminé la ESO e hice Bachillerato. Cuando cumplí los 19 años todo comenzó a cambiar. Me fui a Granada a estudiar enfermería. Desde la operación, quise poder ayudar a la gente como me habían ayudado a mí. Fue una decisión difícil

en la que tuve el apoyo de toda mi familia, incluida Paula, con la cual acabé saliendo. Le prometí bajar a verla todos los fines de semana que pudiera y no me pillara con exámenes. Pasé en Granada cinco años y fueron de los peores. No sabía que estudiar en la universidad sería tan complicado. Exámenes, trabajos, prácticas... No daba a basto para todo. Cada vez bajaba menos al pueblo, aunque hablaba a diario con mi familia y con Paula. Discutíamos cada vez más a menudo, ella no entendía que mi futuro era más importante que ella. En ese momento y, tras mucho pensarlo, acabé con la relación. Era demasiado posesiva.

Al cabo de dos años dejé la carrera y volví a casa. Mis padres lo entendieron aunque no lo compartían. Pensaban que necesitaba más tiempo para adaptarme, pero no iba a tirarme toda la vida para una carrera... A mi vuelta, estuvimos hablando Paula y yo y nos dimos una segunda oportunidad.

Me matriculé en un ciclo de grado superior, hice Anatomía Patológica y citología. Iba y venía todos los días y me iba bien.

Conocí a gente nueva y tuve nuevos amigos. Todos los fines de semana salíamos y nos lo pasábamos muy bien. Primero eran los viernes y sábados, luego salíamos los jueves también. A Paula no le gustaban mis amigos porque decía que no la aceptaban y que salía mucho, que debía estudiar más y tenía que salir solo con ella.

Tardé tres años en aprobar el ciclo y, debo admitir que lo podía haber aprobado antes, pero me tomé mi tiempo y he vivido la vida a mi manera.

En ese momento, se abrió la puerta y apareció Paula. La noté seria pero pensaba que sería por el accidente. Le expliqué que yo no quería tomar nada, pero que mis amigos me insistieron.

Me dijo que no le gustaban mis amigos y que no podía seguir así. Salir, beber tanto... En ese momento me di cuenta de que en parte llevaba razón, pero yo era feliz así. No iba a tomar más drogas, no, pero no me iba a apartar de mis amigos, ni siquiera por ella. Llevaba tiempo dándole vueltas a la idea de separarnos. Hacía tiempo que la cosa no funcionaba, pero no me decidía a dejarla. En el fondo la quería. Este momento lo vi idóneo para comunicárselo. Sería lo más sutil posible: *Mira Paula, llevamos un tiempo mal y lo sabes. Me prometiste cambiar y no ser tan posesiva, pero no lo has cumplido y yo... Necesito más libertad y sé que contigo no la voy a tener. Podemos ser amigos, pero creo que lo mejor es que lo dejemos.*

Perfecto, con esas palabras ella lo entenderá todo y quedaremos como amigos. Le dije que se sentara a mi lado, que tenía algo que decirle. Ella se sentó y me dijo que también quería hablar conmigo... Pensé: *Se ha dado cuenta de que no quiere seguir conmigo y me va a dejar...* Por una parte me alegré, así que dejé que ella hablara primero.

Ella no habló, sólo sacó una caja del bolso y me la ofreció. Cogí la caja y lo vi... *¡No puede ser! ¡Ahora no!* Toda mi calma se esfumó cuando vi las dos rayitas rosas...

- ¿Estás segura? - Le pregunté. Y ella sacó varios test de embarazo más. No había duda: estaba embarazada.

Laura G.

La situación de querer dejarlo con ella se convirtió en la decisión de querer formar parte de una familia. Paula sería la futura madre de mi hijo. La abracé muy fuerte y le dije:

- Paula, voy a estar a tu lado el resto de mi vida.

Informamos a nuestra familia de la noticia de que Paula estaba embarazada. Fue un momento donde se juntaron las sensaciones de mucho miedo y, a la vez, mucha felicidad.

Pasaron cuatro meses. Mi vida cambió por completo, se acabó la fiesta, ahora sólo pensaba en Paula, en mi pequeño, y en que teníamos cita con el ginecólogo. Tanto Paula como yo íbamos muy entusiasmados, nos mirábamos y sonreíamos.

Pasamos a consulta y el Doctor García hizo una ecografía a nuestro futuro bebé. *Yo no sé cómo ven algo en esa pantalla, para mí son todo manchas.*

Terminó la revisión y el doctor pasó a darnos los resultados en ese mismo momento. Su cara reflejaba

mucha incertidumbre, algo pasaba cuando el doctor empezó a hablar:

- Os tengo que comunicar que el niño puede que nazca con una malformación severa. Una opción a considerar sería el aborto... no es algo fácil, pero será mejor para vosotros, la decisión es vuestra, lo siento.

Nos quedamos sin aliento, parecía que el tiempo se había parado cuando Paula contestó:

- No estoy a favor del aborto y tendremos a nuestro bebé, nazca como nazca.

Paula ya me había contado muchas cosas de su infancia y, entre ellas, la anécdota de que cuando su madre estaba embarazada también le dijeron que ella iba a tener muchos problemas y los doctores le plantearon a sus padres la idea de abortar porque, en principio, nacería con problemas irreversibles. Sus padres no aceptaron y, menos mal, sino jamás hubiera conocido a Paula, ella no existiría. Nació con discapacidad auditiva y, hoy en día, es la persona que más puedo admirar por su fortaleza ante toda esta situación.

El tiempo pasaba volando, disfrutábamos de cada instante, Paula ya estaba de siete meses. El momento se acercaba, nuestro pequeño nacería y tenía mucha ilusión, pero a la vez mucho miedo, soñaba con las palabras del doctor. Paula demostró su gran carácter y que nada ni nadie le haría cambiar de opinión, el bebé nacería. Tras muchos cambios de nombre, la decisión estaba tomada, nuestro pequeño se llamará Adán.

La fecha que nos indicó el doctor estaba aún lejos de cumplirse. Mientras dormíamos, Paula me despertó y la cama estaba mojada, había roto aguas. Corriendo bajé a por las llaves del coche, arrojé a Paula y fuimos para el hospital.

Enseguida salió una enfermera y montó a Paula en camilla y la pasaron a planta. Mientras avisaba a mi padres, me di cuenta de que estaba en urgencias en pijama, ¡Madre mía!, pero no me importó, en poco tiempo sería padre y él no recordaría que ese día lo esperé en pijama.

Subí a planta, a la habitación 203. Cuando llegué no estaba la enfermera, llegó con una bata en la mano y me la entregó. Paula iba a dar a luz, el momento había llegado.

Miraba mi móvil, eran las 04:00 del 2 de Febrero, día de mucho frío, la fecha en que mi abuela dijo que nacería, las madres nunca se equivocan. Adán está a punto de llegar.

Virginia

Las horas pasaban y no había forma de tranquilizarme. El matrn me había dicho que en el momento del parto saldrían a por mí, y que mientras tanto, su madre (mi suegra) sería una mejor ayuda para ella.

Estaba sumido en estas divagaciones, cuando de repente entró un hombre de verde a toda velocidad. Quedé algo desconcertado, pero pensé que las prisas eran algo normal allí.

Siguió pasando el tiempo. Demasiado tiempo. Cuando hubo pasado lo que me pareció una eternidad, salió mi suegra llorando desconsoladamente. Mi corazón dio un vuelco, y pronto comprendí que había salido algo mal. Fui corriendo hacia ella y le cogí de los hombros, pero le hablé tranquilamente.

- ¿Qué pasa Aurora? - susurré- El niño ha salido con lo que le vieron, ¿no?

Ella levantó la cabeza hacia mí, con la mirada perdida, como atravesándome y no viéndome. Era algo que esperábamos... entonces lo comprendí.

Había pasado un lustro desde el momento en que habían muerto las dos. Desde ese momento, me había centrado en trabajar con la asociación.

Me había costado mucho perdonar a Paula por no haber tomado otra decisión en su momento. Si hubiera sido de otra forma, no me habrían dejado solo... pero luego pensé que era una oportunidad en realidad, por trabajar por aquello por lo que ella había dado la vida.

Visité a mi audioprotesista Cristina, y a la logopeda de su equipo, Verónica, una chica especializada en niños hipoacúsicos, que me hablaron de la nueva asociación de profesionales de actuación gratuita sobre las deficiencias auditivas y psicomotrices, un entorno global para tratar a personas que nacían con problemas, además de los auditivos.

Ese trabajo me llenaba, y trabajaba por Paula y por mi hijo. Poco a poco, fui conociendo a nueva gente y la vida empezó a tomar otro color. Renuncié a mi implante coclear para volver a sentirme como pudieran sentirse aquellos con los que trabajaba, y comencé a realizar una labor divulgativa por todo el país.

Cinco años han pasado. He perdido mucho, he ganado perspectiva y me he equivocado muchas veces más. He maldecido cientos de veces lo que me ha pasado, y he dado gracias cinco o seis. Al final, lo que realmente cuenta es como ha ido todo y lo que has sido capaz de hacer para salir de ello. Al fin y al cabo, hasta el último momento hay que seguir adelante.

¿Que qué siento? Ahora mismo estoy acabando de arreglarme la chaqueta. Mira, allí están Cristina y Verónica. Sin ellas, estos cinco años seguramente habrían sido una tortura. Me siento bien, la verdad. Les sonrió y damos unos pasos... aquí hay más luz. La gente está aplaudiendo, y parece que con entusiasmo, aunque no me gusta demasiado la alfombra, está demasiado blanda.

Allí están. A la izquierda hay un montón de gente importante sentada en sillones y delante, el Rey con la niña. Bueno, podría haber sido peor. Al menos tampoco es que me esté molestando demasiado el aplauso.

Gabriel

FIN